

menes y duros tratamientos. Sin embargo, el romano Pontífice jamás aprobó semejantes excesos ni hizo declaración alguna contraria á la validez de los sacramentos administrados por sacerdotes casados, sobre cuyos hechos publicaron relaciones por extremo exageradas los enemigos de Gregorio; en épocas de gran excitación, en que falta la serenidad de ánimo, son inevitables hechos de esa naturaleza, en los que el pueblo se toma la justicia por su mano, siquiera sean siempre vituperables. Los legados pontificios, enviados á las diferentes comarcas para promover la reforma, investidos al efecto de plenos poderes, encontraban, de ordinario, eficaz apoyo en el pueblo, que no podia sufrir la inmoralidad de los pastores de regio nombramiento, y que, además, tenia especial interés en no consentir que la Iglesia se convirtiese en una sociedad de socorros mutuos para determinadas familias, y que el clero se erigiese en una casta privilegiada de hombres ilustrados pero egoístas é inaccesibles, sin más objeto que el de chupar la sangre de los que tenían la desgracia de estar sometidos á ellos. Por otra parte, rebajado el órden sacerdotal á la categoría de un oficio lucrativo, desterrados de él el amor desinteresado á la humanidad, la abnegación y el sacrificio, el pueblo despreciaba ó consideraba como de ningun valor los consuelos y las bendiciones de la religion, ó bien los rehuía por no pagarlos á tan elevado precio. Con tanta oportunidad como justicia, hizo notar Gregorio VII, repetidas veces, á los sacerdotes inmorales cuán desfavorable resultaba para ellos el paralelo entre los soldados de los Principes de este mundo, siempre dispuestos á combatir y á arrostrar los mayores peligros por su Rey, en tanto que ellos, sacerdotes del Señor, rehuían todo combate y todo sufrimiento por el Soberano del Universo, que, siendo dueño y creador de todas las cosas, no se desdenó de morir por los suyos, á pesar de ofrecerles y prometerles eterna recompensa (B. 3, Ep. 4).

## II. Victor III y Urbano II.

### Victor III.

31. A la muerte del gran pontífice Gregorio VII quedó la Iglesia romana en una situación sumamente precaria; la ciudad, empobrecida por los saqueos y las luchas intestinas, se hallaba casi en poder de los partidarios de Enrique y de Guiberto, y toda la Italia Superior obedecía á los excomulgados; únicamente la margravina Matilde alentaba á los defensores de la Iglesia. Roberto Guiscard sólo atendía á sus intereses personales, y no merceda confianza alguna; por otra parte, á su muerte, ocurrida poco despues de la de Gregorio, en 17 de Julio de 1085,

estalló una guerra dinástica entre sus dos hijos Boemundo y Roger. Los Cardenales eligieron, por unanimidad de votos, á Desiderio, abad de Monte Casino, cuya candidatura reunía en su favor excepcionales circunstancias: la recomendación de Gregorio, los servicios prestados durante muchos años en la Baja Italia como vicario apostólico, sus amistosas relaciones con los Principes normandos de Salerno y Capua y con el duque Roberto, y el extraordinario prestigio de que gozaba su convento. En cuanto al Rey de Alemania, en el mero hecho de favorecer la exaltación de un antipapa, había renunciado á toda intervención en la elección pontificia, por lo que no se le tuvo para nada en cuenta. Pero Desiderio rehusó la dignidad que se le ofrecía, excusándose con su falta de salud y con las dificultades que rodeaban al pontificado; habíanse ya separado entónces los Cardenales, pero reunidos de nuevo en la Pascua florida de 1086, volvieron á elegirle con el nombre de Victor III. Obligado á salir de Roma cuatro dias despues de su elección, se retiró á su convento, alegando que aquélla no era válida. En su calidad de Vicario de la Santa Sede en la Baja Italia, convocó un Sínodo en Capua para el 7 de Marzo de 1087, á fin de resolver el asunto de la elección de Pontífice. Asediado por las súplicas de gran número de Principes y prelados, cedió por fin Desiderio, siendo consagrado el 9 de Mayo del año expresado, despues de recuperar la iglesia de San Pedro con ayuda de los normandos. Pero á los ocho dias tuvo que huir á Monte Casino, perseguido por los parciales del antipapa; y aunque la margravina Matilde recuperó la mayor parte de la ciudad, el pretendido Clemente III logró hacerse fuerte en el Panteon, y desde aquí pudieron los parciales de Enrique volver á adquirir su anterior predominio. Victor III celebró en Agosto un Sínodo en Benevento, que condenó una vez más la simonia, la investidura laica y la administración de sacramentos por eclesiásticos del partido excomulgado, pronunciando nuevamente el anatema contra Guiberto. Poco despues se sintió enfermo y murió el 16 de Setiembre de 1087 en Monte Casino, despues de recomendar para sucederle al obispo cardenal Oton de Ostia, á pesar de la oposición que había hecho durante algun tiempo al difunto Pontífice.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 30 Y 31.

Sigef. Mog. ep. ad sufrag. Hartzheim, Conc. Germ. III. 175 sig. Anon. ap. Martenc, Thes. anecd. I. 230. Sigeb. Gembl. y los demas cronistas. Chron. Casin. Pertz, Ser. VII. 748 sig. Bernold. ib. V. 444 sig. Mansi, XX. 631. 637 sig. Watterich, I. 549 sig. Migne, PP. lat. t. 162. Papencordt, p. 225 sig. Reumont, II p. 385 sig. Hefele, V. 168-171.

## Urbano II.

32. Los Cardenales reunidos en Terracina dieron sus votos á dicho prelado, que con el nombre de Urbano II fué consagrado Papa el 12 de Marzo de 1088. Era francés de nacimiento, oriundo de la diócesis de Reims; habia sido arcidiacono de Auxerre, luégo monje y prior de Cluny, de donde le llamó Gregorio VII á Roma para elevarle á la dignidad episcopal y cardenalicia, empleándole, además, en diferentes embajadas y comisiones de importancia. En el primer escrito que dirigió á los alemanes, dió claramente á entender que seguiría en todo las huellas de Gregorio, y desde luégo se le vió desplegar una actividad extraordinaria, á pesar de los cambios y peligros á que constantemente se halló expuesto. En efecto; tan pronto se le ve ejerciendo la autoridad soberana en Roma, como es arrojado de su palacio por los guibertinos y obligado á buscar asilo en casa de algun magnate, de un modesto ciudadano ó en la isla del Tiber; ahora se ve precisado á residir en la Baja Italia, luégo en la misma Francia. Nombró legados suyos en Alemania á Guebardo de Constanza, á quien él mismo habia consagrado Obispo en 1084, hermano de Bertoldo, duque de Zähring, y á Altmann de Passau. Distinguió tambien tres grados de excomunion: 1.º, la que pesaba sobre Enrique y Guiberto; 2.º, la que correspondia á sus consejeros y fautores, y á los clérigos que habian recibido de ellos empleos eclesiásticos; 3.º, la de los que mantenian comunión con ellos, á los que propiamente no alcanzaba el anatema, por cuya razon se les ofreció todo género de facilidades para su reconciliación con la Iglesia. En un Sínodo que celebró en Melfi, Setiembre de 1089, expidió Urbano 16 cánones contra la simonía, el concubinato de los clérigos, la investidura y diferentes abusos, principalmente los que se cometían contra los bienes de la Iglesia. Luégo otorgó feudos al duque normando Roger, que habia cedido á su hermano Boemundo varias ciudades, entre ellas la de Benevento; consagró en Bari al Arzobispo de esta ciudad, donde se le hizo entrega solemne de los huesos de San Nicolao de Mira, y, por último, celebró la fiesta de Navidad en Roma, donde, en el mes de Junio, habia celebrado Guiberto un Sínodo con objeto de condenar al legítimo Pontífice. Entretanto habia perdido la Iglesia muchos de sus más hábiles defensores, como Anselmo de Lucca, que murió en Marzo de 1086, y el Obispo Bonizo, que habia sido asesinado, despues de sufrir cruel martirio, por los cismáticos, en Julio de 1089, en la ciudad de Piacenza; sin embargo, no se descorazonó el magnánimo Pontífice, quien exhortaba sin cesar, por medio de cartas y legados, á los Príncipes y á los fieles en general, á la defensa de la oprimida Iglesia.

## Situación de Alemania y de Italia.

33. Enrique IV ejercía aún completo predominio en estos dos países, en los que continuaba haciendo estragos, con muchas y muy varias alternativas, la guerra civil y religiosa. El rey Hermann, despues de abdicar la corona, abandonó la Sajonia, donde apenas le quedaba prestigio alguno, muriendo en Lorena el año 1088; por el contrario, Enrique, si bien fué derrotado en diferentes encuentros, como en el de Pletchfeld, cerca de Würzburg, el 11 de Agosto de 1086, y en el de Gleichen, de Turingia, el 24 de Diciembre de 1088, pudo reponer sus pérdidas apelando, principalmente, á la venta de obispados y abadías. Muchos prelados, por no faltar á sus sagrados juramentos, vieron precisados á buscar un asilo en tierra extranjera, particularmente en Dinamarca; el venerable obispo Buceon de Halberstadt fué asesinado en Abril del año 1089 por los habitantes de Goslar. La mayor parte de las diócesis se hallaban gobernadas por parciales de Enrique, tan solícitos del servicio de su patrono, que no se recataban de salir á campaña en su auxilio al frente de sus vasallos, con tal de asegurar sus puestos; así no debe maravillarnos que se opusieran á toda reconciliación con el legítimo Pontífice, de quien no podían esperar otra cosa que la destitución en castigo de sus crímenes, y que, por su causa principalmente, rechazara Enrique las proposiciones que le hicieron los Príncipes en Oppenheim y Espira, sobre la base de destituir al antipapa y reconocer al sucesor de Gregorio. Poco á poco fueron desapareciendo de la escena los principales defensores de la Iglesia en Alemania, como Guebardo de Salzburgo, Altmann de Passau, Hermann de Metz, Adalbero de Würzburg y el abad Guillermo de Hirsau († 1091); sin embargo, algunos tuvieron por sucesores hombres de rectos sentimientos; los habitantes de Metz y de Constanza expulsaron á los prelados que les envió Enrique, y los sufragáneos de Toul, de Verdun y de Metz rompieron toda relación con el cismático Egilberto de Tréveris. No pocos individuos de la nobleza, cansados de tantos disturbios y guerras, se retiraron al claustro.

34. El año 1090 se presentó de nuevo Enrique en Italia, no sin haberse allanado ántes más y más el camino para satisfacer sus caprichos en Alemania, por el asesinato de su principal adversario el margrave Ecberto de Meissen, y mediante la exaltación del abad Ulrico de San Gall, conocido por sus instintos guerreros, á la Silla de Aquileya. Despues de reforzar su ejército en Lombardia, entró á saco los dominios de Matilde y puso cerco á la fortaleza de Mantua, que la traición puso en sus manos, al cabo de once meses de asedio, en Abril de 1091. Aun alcanzó algunas ventajas hasta el 1093, en que la fortuna le volvió por completo la espalda. Con objeto de robustecer el partido afecto á la Iglesia, apoyó el romano Pontífice el matrimonio de la poderosa margravina Matilde, viuda del duque Godofredo desde el año 1076, con Welfo, hijo del duque de Baviera; pero este enlace no dió el resultado apetecido, porque Welfo, mucho más jóven que su esposa, se separó de ella tan pronto como supo que no heredaría la cuantiosa fortuna de Matilde, por haberla ésta legado á la Santa Sede desde 1077.

Los welfos se unieron entónces al partido de Enrique IV, siquiera éste no obtuviere ventaja alguna de su nueva alianza; porque, á partir de esta fecha, los mismos Obispos que habian recibido de él las prelacias, se negaron á obedecer al antipapa y á comparecer en los Sinodos que éste convocaba. Matilde pudo tambien recuperar muchas de sus fortalezas, y proseguir con notable ventaja la guerra contra las tropas del usurpador. Enrique, perdido ya casi todo su prestigio, iba á recoger los frutos de la semilla que con sin igual imprudencia habia sembrado. En el otoño de 1093, gran número de Príncipes alemanes, reunidos en Ulma, prometieron obediencia, dentro del terreno canónico, al obispo Guebhardo de Constanza, en su calidad de legado pontificio, reconocieron á su hermano Bertoldo II de Zähring como legítimo duque de Suabia, en lugar de Federico de Hohenstaufen, á quien Enrique habia conferido aquel titulo, y ajustaron una tregua de paz hasta la Pascua florida de 1095. El mismo hijo de Enrique, Conrado, que por expresa voluntad de su padre habia sido coronado Rey en Aquisgran el año 1087, se pasó abiertamente al partido del romano Pontífice. Sin embargo, ante las amenazas del impio Monarca huyó al lado de Matilde, donde tuvo el más entusiasta recibimiento, siendo coronado rey de Lombardia en Monza por Anselmo III, arzobispo de Milan. La segunda esposa de Enrique, princessa de origen ruso, llamada Práxedes Adelaida ó Eupraxia, logró tambien evadirse de la prision de Verona y buscar asilo en los dominios de Matilde, con cuyo auxilio pudo concurrir al Sinodo de Constanza, celebrado en la Semana Santa del año 1094, bajo la presidencia del legado pontificio Guebhardo, en el cual hizo una relacion de los malos tratamientos que la habia hecho sufrir Enrique, y de sus vergonzosas liviandades. Poco despues celebran una alianza las principales ciudades de Lombardia para sacudir el insoportable yugo del tirano.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 32 á 34.

Mansi, XX. 601. 642 sig. 666 sig. 703. 715 sig. Jaffé, Reg. p. 450 sig. Pertz, V. 447 sig.; XII. 392; XVII. 16. Watterich, I. 571-620. Hefele, p. 172 sigs. Höfler, Zustände in Deutschl. und Italien gegen Ende des 11. Jahrh. (Münch. Gelehrte Anz. XIX. 421 sigs.). Zell, Gebhard v. Zähringen, B. v. Constanz (Freib. Diöcesan-Archiv I p. 305 sigs.). C. Henking, Gebhard III., B. v. Constanz. Stuttg. 1880. Acerca del legado de los dominios y bienes de Matilde (Vita auctore Domizone. Baron. a. 1102 n. 20) V. Append. ad Ph. L. Dionysii op. de vaticanis cryptis auctoribus Sarti et Settelenis. Rom. 1844. Fuera de Deuseddit, Lib. e. simon. (Maj, N. PP. Bibl. VII, III p. 34) han dado una relacion de la vergonzosa conducta de Enrique con su esposa los Anales de Disibodenberg (Watt., I. 744. 5).

### Sinodos de Urbano II.

35. Urbano II no habia descuidado entretanto los deberes de su elevado cargo. Entre los varios Sinodos que celebró en este tiempo se hace particular mencion del de Benevento, reunido en Marzo de 1091, y del de Troya, en el propio mes del año 1093, por las acertadas disposiciones que dictaron. Al finar el mes de Noviembre de 1093 regresó á Roma, al mismo tiempo que Guiberto se dirigia á Verona, donde á la sazón se hallaba Enrique. La autoridad y el prestigio de Urbano crecieron en términos, que en Marzo de 1095 pudo celebrar en Piacenza, ciudad completamente dominada hasta entónces por los cismáticos, un importantísimo Sinodo, al que concurrieron 4.000 eclesiásticos y 30.000 seglares. En él expuso de nuevo Práxedes justas quejas contra la escandalosa conducta de Enrique; confirmáronse las antiguas leyes de la Iglesia, se acordó, en principio, acudir en auxilio del emperador de Oriente, Alejo, que se hallaba acosado por los enemigos del nombre cristiano, y se confirmó, por último, el anatema contra Guiberto y sus parciales. El Papa se trasladó de allí á Cremona, donde le salió al encuentro el jóven rey Conrado con objeto de prestarle homenaje y prometerle obediencia, y de aqui se dirigió, por mar, á Francia, convocando inmediatamente un Sinodo en Clermont para la octava de San Martin, ó sea el 18 de Noviembre de 1095. Asistieron á esta angusta Asamblea sobre 200 Obispos y abades, juntamente con gran número de seglares de la clase noble y plebeya. En todas partes se despertaba el más vivo entusiasmo por la causa de la Iglesia, como se hizo ver tambien en el gran número de voluntarios que solicitaban tomar parte en la expedicion á Jerusalem.

En el indicado Sinodo se confirmaron las decisiones de los celebrados ántes por Urbano, se prohibió á los Reyes y á los Príncipes otorgar la investidura, añadiendo que á ningun presbítero era lícito jurar fidelidad ó vasallaje á los Monarcas ó seglares en general; juramento (homagium) que entónces se entendia en el sentido, de que por él se obligaban los prelados á obedecer incondicionalmente á los señores del feudo en todas las cosas, convirtiéndolos en instrumentos de su politica. Fundados en semejante juramento, los Príncipes habian prohibido, no pocas veces, á los Obispos tomar parte en los Sinodos reformistas, habian considerado como perjurio hasta la reprension de sus malas costumbres, y hecho depender de su capricho el reconocimiento del legítimo Papa, aflojando y hasta rompiendo de esta manera todos los lazos del orden y disciplina de la Iglesia. Segun la doctrina